

## LA ORIHUELA BURGUESA DEL SIGLO XIX. ¿EL TIEMPO DETENIDO?

Jesús MILLÁN GARCÍA-VARELA  
(Universitat de València).

*A Manuel Culiñez, Monserrate Guillén y  
Anna Mas.*

**Resumen:** Este artículo pasa revista a las distintas burguesías locales que protagonizaron la relevancia social y la iniciativa política, a lo largo del siglo XIX oriolano, tras el hundimiento del antiguo régimen en la década de 1830. Se analizan sus bases económicas, adscripción política y los rasgos biográficos de los personajes más importantes, entre los que cabe destacar a Ramón Bofill y Fontanals, Matías Sorzano o Trinitario Ruiz Capdepón.

### I. BURGUESÍA Y PROGRESO EN LA SOCIEDAD DE ÉLITES

El contenido de este artículo estará muy por debajo de sus planteamientos. Como mucho, ofrecerá una visión selectiva sobre la Orihuela de una época fundamental de la Europa contemporánea. La "época de la burguesía", en efecto, es una de las etiquetas con las que se conoce un periodo de optimismo y confianza en el progreso, acompañado de la construcción de los modernos Estados nacionales, en una etapa que ocupa la mayor parte del siglo XIX y se prolonga en las primeras décadas del Novecientos. Al estudiar esa época no sólo se trata de aproximarnos a qué gente en concreto ha dirigido el surgimiento del desarrollo económico moderno. Lo que interesa también es conocer las diversas caras y prácticas de esa preponderancia social y qué nos han legado: ¿en qué consistía lo burgués?, ¿qué implicación con respecto al conjunto de la sociedad solía llevar consigo?, ¿qué prioridades eran las que caracterizaban sus actitudes?, ¿qué hábitos colectivos han contribuido a configurar?

Responder a esas preguntas nos ayudaría a ver la formación de la sociedad moderna como fruto de procesos concretos, no como producto de alguna tendencia abstracta. Durante mucho tiempo "la burguesía" ha sido un personaje colectivo del que se hablaba, pero que apenas se conocía. La idea

de que había surgido ese personaje colectivo de carácter nuevo se impuso en Europa, hacia 1830, cuando fue quedando claro que sería muy difícil restablecer de modo estable el mundo anterior a la Revolución francesa y que, por tanto, era necesario adaptarse, de un modo u otro, a una nueva y poderosa dinámica social, identificada con el mito del "progreso".

En ese contexto arraigó una cierta manera de ver las sociedades europeas. En ellas existirían una serie de sectores influyentes bajo el antiguo régimen -los nobles y el clero- que habrían perdido la capacidad de entender los nuevos tiempos. Su carácter anacrónico los incapacitaba para que las clases populares se pudiesen integrar de forma adecuada y a la altura de los cambios que se habían puesto en marcha. Se trataba, en efecto, de evitar un desbordamiento de las capas populares -identificadas con la irracionalidad-, del tipo de lo vivido en la fase jacobina de la Revolución francesa o durante los episodios de guerra civil en la España de la primera mitad del Ochocientos. La desconfianza hacia el protagonismo de esa gran mayoría de la sociedad era un criterio ampliamente compartido, incluso más allá de las apariencias. Esta perspectiva no desapareció de pronto, sino que tuvo épocas de mayor erosión que acabarían dando lugar a la llamada "sociedad de masas". Es lo que sucedió en Europa después de la Primera Guerra Mundial o, en el caso español, con el inicio de la experiencia democrática de la Segunda República, en 1931.

Las décadas anteriores habían sido una "época de élites". Entonces se había discutido acerca del tipo de élite más adecuado para hacer de "puente" con respecto a la mayoría de la gente que estaba en situación precaria y configuraba la base de la nación. Por eso se hablaba en ciertos países de una "clase media" capaz de ejercer esa función dirigente, obteniendo una eficaz colaboración de

las clases inferiores. El término “burguesía” -que en la Europa central tenía un sentido más bien positivo- se divulgó en Francia y España con un sentido económico, para subrayar la explotación por parte de quienes tenían el timón en la sociedad capitalista.

En todo caso, lo común era que se tratase de una generalización. Nacieron así los diversos clichés sobre “la burguesía”. El peso de esos estereotipos otorgaba la sensación de saber de qué se hablaba, cuando en realidad hasta no hace mucho apenas había estudios sobre qué gente concreta se incluía en esos modelos. El burgués requería la plataforma de un determinado nivel de riqueza personal y la capacidad de sacar partido de la desigualdad económica en el mercado, sin disponer decisivamente de privilegios legales. Los demás caracteres quedaban abiertos a situaciones muy diversas. Podemos encontrar, por un lado, el burgués innovador y dotado de capacidad de organización: el “capitán de empresa”, capaz con su impulso de lograr que el afán de una multitud trabajadora se aplicara al objetivo de una portentosa transformación del mundo, como se presenta en los momentos culminantes del *Fausto* de Goethe. O “la burguesía conquistadora”, a la que todo se le queda pequeño y no transige frente a los antiguos prestigios, de la que hablaron Marx y Engels en su *Manifiesto comunista*. Aquí se incluiría el nuevo patricio, comprometido con una colectividad que, a su vez, le queda obligada por sus iniciativas en el terreno económico, cultural o asistencial.

Pero lo burgués remite también a una jerarquía basada precisamente en lo que se considera “vida ordenada”, lo que a menudo supone sujeción a lo convencional y a la huida del riesgo. Por eso, lo burgués se identifica también, como en las obras de Dostoievski, con el aprovechamiento parasitario de ventajas especulativas o con la reiteración de tópicos, hasta convertirse, como se dice en *Madame Bovary*, en alguien de conversación tan “aburrida como una acera de calle”. Con el tiempo, los historiadores han descubierto una realidad contundente, que contradecía la imagen tópica del burgués económicamente activo. En muchos países, los sectores identificables con esa ascendente “clase media” aspiraban a ser y, con frecuencia, eran sobre todo propietarios rentistas. De ahí que se haya propuesto el concepto de “burguesía no

empresadora” para retratar a un sector importante, cuando no mayoritario.

Desde fines del Ochocientos proliferó en diversos países la idea de que no había una “verdadera burguesía”. Ésta o bien habría sido minoritaria o bien habría claudicado ante el peso de las viejas clases privilegiadas del antiguo régimen. Hace décadas que un debate de ese tipo se desarrolló en la historiografía valenciana, al contrastar el temprano desarrollo de la Cataluña industrial con la persistencia del agrarismo en nuestro caso. En el conjunto de España, se encontró en la fórmula del fracaso de la burguesía una clave para exponer la historia de los dos últimos siglos bajo la perspectiva del atraso económico, la persistencia del caciquismo o la tardía estabilización de la democracia. Vale la pena recordar, sin embargo, que variaciones de esa discusión se desarrollaron especialmente en Alemania. Lo que se destacaba allí era el desfase entre el intenso desarrollo económico del país -junto con el precoz arraigo del movimiento obrero y la política de masas- y el fuerte peso de antiguas jerarquías sociales en el Estado y los valores sociales. Pero también ha destacado el caso inglés, ya que en ese país, pionero del capitalismo industrial, la hegemonía social y política de la aristocracia terrateniente ha sido más prolongada que en ningún otro sitio. Al fin y al cabo, la nítida contraposición entre el noble parásito y el plebeyo ingenioso y hecho a sí mismo, como se muestra en *Las bodas de Fígaro*, resulta un prejuicio poco útil en la historia social, comenzando por la biografía de Beaumarchais, el autor de esta influyente obra de teatro.

Con una perspectiva más amplia, lo que parecen peculiaridades locales pierde rotundidad. Las caracterizaciones ideales sobre lo burgués son estilizaciones unilaterales de una compleja realidad social. En ella, facetas y actividades de signo contrapuesto se combinan sin la rigidez de las clasificaciones previas. Al fin y al cabo, combinar con éxito orientaciones de signo contrario forma parte de las fórmulas de éxito de quienes, como sucede con el burgués retratado por Marx y Engels, nadan “en las aguas heladas del cálculo egoísta”.

Las imágenes unilaterales, sin embargo, se consolidan en virtud de lo que parecen confirmar, sin conmoverse por las parcelas de realidad con las

que no encajan. Es lo que sucede con la creación literaria, por obra de Azorín y Gabriel Miró, de la imagen de Orihuela como un nicho anacrónico de un pasado inmóvil. Como en otros ejemplos, españoles o europeos, ha resultado incluso un reclamo atractivo ese contraste entre el "progreso", supuestamente avasallador del pasado, y este reducto supuestamente ajeno a los cambios. Otra cosa es hasta qué punto esa fórmula pintoresca pueda resistir el contraste y otro tema, sin duda, los interrogantes que surgen si prescindimos del reduccionismo. Pero, en mi opinión, un esquema ficticio no es el mejor modo de evitarlos.

## II. CARACTERÍSTICAS DE LA ORIHUELA BURGUESA DEL OCHOCIENTOS

La imagen mironiana, con todo, dispone de sus puntos de apoyo. Los cambios en la jerarquía urbana en aquella época del progreso, tras el fin del antiguo régimen, reordenaron la posición de nuestra ciudad. Ésta había debido buena parte de su relevancia a su condición política y estratégica, como capital del sur valenciano. La nueva organización del territorio, en 1833, dividió el País Valenciano en tres provincias y esto, a su vez, coincidió con una nueva dinámica del espacio económico que se haría sentir a largo plazo.

El triunfo del liberalismo acompañó una profunda transformación de la potencialidad económica de la España del antiguo régimen. Pese a la pérdida de América y las guerras civiles, la población y el espacio cultivado aumentaron muy notablemente en la primera mitad del siglo. La gran singularidad de la economía oriolana bajo el antiguo régimen había consistido en el hecho de ser uno de los contados "oasis" de agricultura intensiva y parcialmente comercializada, que ofrecían una sólida plataforma para el amplio abanico de propietarios nobles e instituciones eclesiásticas. Lo peculiar de la trayectoria oriolana posiblemente radicara, además, en la proximidad de sectores mercantiles, ubicados en centros portuarios, que, a comienzos del siglo XIX, aspiraban a participar de ese tipo de agricultura, relativamente escasa y atractiva como inversión. Ello planteaba de manera especialmente aguda una situación que no era infrecuente en la España de fines del antiguo régimen. Mientras las *manos muertas* de la Iglesia y los vínculos y mayorazgos de los nobles

copaban la tierra fértil de regadío, los negocios del mundo urbano chocaban en el deseado acceso a la propiedad agraria con la restricción del mercado de tierras. En principio, institucionalmente los privilegiados no debían vender, dividir por herencia o responder de las deudas mediante el patrimonio. Como era frecuente en el País Valenciano, había claras diferencias de origen entre los terratenientes privilegiados de la Orihuela de fines del antiguo régimen y los comerciantes locales, que constituían colonias de raíces genovesas, maltesas, francesas o catalanas. No era una contraposición que se diera en exclusiva dentro del ámbito local. La contenida presión sobre la tierra era ejercida también por la riqueza procedente del comercio portuario, el crédito o las artesanías más desarrolladas, en Alicante, Valencia, Cartagena o la Cataluña urbana, inmersas en un difícil proceso de transformación a comienzos del Ochocientos. El triunfo de la revolución liberal resolvió el dilema, de modo radical en comparación con la mayor parte de los países europeos. El liberalismo lanzó al mercado los bienes de la Iglesia y, en contraste con Inglaterra o Alemania, impuso a los nobles el reparto del patrimonio entre los herederos y el deber de responder por las deudas con todas sus propiedades, al tiempo que abolía sus tradicionales exenciones impositivas.

Dentro del nuevo marco socioeconómico, la trayectoria más visible de la sociedad oriolana podía dar lugar a una impresión de decadencia con respecto a épocas anteriores. La imagen oriolana de mediados del siglo XVIII significaría un esplendor no prolongado en lo sucesivo. Proporciona un buen ejemplo el magnífico estudio de la comarca que, a fines del Setecientos, realizó el ilustrado valenciano Antonio Cavanilles, personaje excepcional que merecería hace mucho haber sido reconocido por nuestra ciudad. La Orihuela que pisó mossèn Cavanilles -quien no había viajado precisamente poco- llamaba su atención por el aspecto espléndido de sus calles y la abundancia que distinguía en su vida urbana. En torno a un siglo después, en los relatos de viajeros como Alegre o en la estampa reflejada por Azorín, se imponía la imagen de una ciudad de poca actividad y asociada, como refugio del clero, a la herencia del antiguo régimen: la antítesis del progreso que habría triunfado a su alrededor. El escenario de la "ciudad provinciana de canónigos" estaba creado.

Pese a ese impacto visual, la explicación no puede derivarse de una alternativa entre progreso e inmovilismo. La Orihuela heredada del antiguo régimen seguiría siendo ante todo una ciudad de propietarios rentistas, comerciantes, profesionales, clérigos y numerosos artesanos, predominantemente modestos y en parte dedicados al consumo de calidad. El declive de la demanda de los grupos privilegiados -como la Iglesia o ciertas familias acomodadas- no fue compensado por el crecimiento de otros sectores. A la larga, el mayor desarrollo de la producción en otras zonas -los tejidos baratos de Alcoi, de Enguera o de la Cataluña industrial, las espardeñas de la industria ilicitana- hizo retroceder la vieja dedicación artesanal de la Orihuela urbana. Eso no equivale, sin embargo, a un estancamiento. La comarca disponía de ventajas comparativas en una agricultura que aún estaba lejos de desarrollar sus potencialidades a fines del antiguo régimen. El Bajo Segura -que significaba el segundo mayor espacio irrigado de la agricultura valenciana, después de la Ribera del Xúquer- disponía tradicionalmente de una densidad de población llamativamente escasa. El tamaño de sus explotaciones era excesivamente grande, la mayor parte de los agricultores estaban descapitalizados y la deforestación y las ampliaciones de riego en las zonas altas de la cuenca habían originado una grave crisis ambiental. En la readaptación de la agricultura se hallaba el principal atractivo de la economía comarcal, incluyendo no sólo la propiedad rentista, sino también la comercialización de productos agrarios y de animales de labor. La relativa frecuencia con que labradores con muy poca propiedad se convertían en arrendatarios de extensas superficies alimentaría un mercado del crédito que fue al alza durante décadas. Esa renovada expansión agraria fue facilitada por el cambio social que había inducido el liberalismo. Ello dio como resultado una trayectoria diferente de la que se asocia tópicamente con "la modernidad". La comarca experimentó un crecimiento rural, mientras que la Orihuela urbana, oscilante a lo largo del siglo en torno a los 8.000 habitantes, no dejaba de perder peso en el reparto de la población comarcal y de su mismo municipio. En esta atonía de los efectos urbanizadores se hallaría una cierta divergencia con respecto al modelo de desarrollo agrario que predominaba en otras latitudes del territorio valenciano. Pero ese relanzamiento de la agricultura en nuestra comarca permitió, no

obstante, la formación de una malla de asentamientos humanos más densa, así como la recuperación del espacio regado, una importante expansión en el secano y la búsqueda renovada de mercados para la agricultura. El proceso acabó imponiéndose con altibajos, pese a la tardía conexión ferroviaria de la comarca, a partir de 1884. El cultivo intensivo de la huerta y la colonización de los secanos demandaban un alto contingente de mano de obra, lo que debió restar incentivos para otro tipo de inversiones. A la relativa y tradicional escasez de población se añadía el mantenimiento de una alta mortalidad, hasta el último tercio del Ochocientos, y la posibilidad de obtener retribuciones comparativamente elevadas, al menos en las penosas tareas del trabajador joven del cáñamo o la viña. La controversia política, como en tantos otros lugares, presentaría a menudo la tentación de una explicación cultural para la inercia de la economía y la vida urbana. Pero para entender las decisiones inversoras de quienes disponían de recursos no debe olvidarse el contexto socioeconómico en que pretendían conseguir ventajas.

No existía inmovilismo, pero el desarrollo desigual con respecto a otras zonas era observable a mediados del siglo XIX. En la década de 1830, cuando se estableció el sufragio censitario, el partido judicial oriolano era el distrito con más electores de la provincia de Alicante. A mediados de siglo, coincidiendo con el tendido ferroviario que hizo de Alicante por un tiempo "el puerto de Madrid", Orihuela no destacaba especialmente en el cambiante escenario de la sociedad burguesa de la provincia. Se podría proponer que Orihuela -y la comarca en general- se configura en ese nuevo ordenamiento del espacio como una plataforma provinciana para la influencia social y la carrera política. Orihuela, como Dolores, constituía un distrito electoral que enviaba un diputado a las Cortes del nuevo Estado centralizado. En principio, podía controlarse de manera relativamente fácil, dado el peso predominante de la población rural. El atractivo de esta plataforma periférica era mayor por el hecho de que aquí tenían sus patrimonios varias decenas de títulos nobiliarios, con residencia forastera, los más importantes de los cuales, si bien estaban casi siempre al margen del poder político, mantenían valiosas relaciones sociales o pisaban con frecuencia el Palacio de Oriente. Esas grandes fortunas requerían gestores en el ámbito local. Era

aquí donde se jugaba el reparto de la carga fiscal sobre sus propiedades y la distribución del riego. Todo esto podía brindar buenas oportunidades de promoción a quienes gestionaran esos patrimonios o ejercieran cargos en el entramado institucional de la Orihuela de la época. Esa situación, en cierto modo subordinada, de una sociedad a primera vista instrumentalizable, se reforzaba por el creciente declive de la ciudad como centro de las fortunas burguesas más dinámicas. Para éstas, desde mediados de siglo, las perspectivas del desarrollo de la sociabilidad o los negocios, como la educación o el matrimonio de las futuras generaciones, se situarían en los centros urbanos en auge. Mientras, el ámbito local originario quedaba como una estación de paso, donde estaban garantizados los ingresos y el prestigio social.

Sin embargo, la sociedad local no podía confundirse con un fósil inerte del pasado. Pese a sus palacios vacíos, no tenía nada que ver con la estampa de colapso económico y desertificación humana, tan frecuente en la España interior. No era un ejemplo obvio de "atraso". A largo plazo, la vía agraria de crecimiento promovía una nueva configuración y nuevas necesidades en el ámbito local. Éste buscaría sus canales de expresión, naturalmente dentro del contexto de una sociedad urbana poco dinámica y de una compleja agricultura intensiva, con un importante volumen de arrendatarios modestos. Eso significa que se planteaban unos retos y unas posibilidades de actuación que no podemos analizar a partir del esquema ideal de la "sociedad moderna". Las iniciativas ciudadanas o la reivindicación de intereses colectivos, elementos propios del desarrollo de la sociedad civil, deberían estudiarse con esta perspectiva.

Pese a la presencia de poderosos factores favorables a la continuidad de una hegemonía conservadora, la composición y la dinámica de la burguesía oriolana no pueden identificarse con el inmovilismo. Precisamente al destacar la importancia de ese contexto, sobresale más el peso de los cambios que tuvieron lugar. La trayectoria oriolana de la época burguesa no puede resumirse en la supeditación a las fuerzas del pasado.

### III. LA RUPTURA LIBERAL Y LAS DIVERSAS RAÍCES DE LAS "CLASES MEDIAS".

Contrariamente a lo que sugieren hoy algunas corrientes ideológicas, el liberalismo español que triunfó en el siglo XIX no rechazó precisamente el intervencionismo del Estado. Desde el poder, introdujo una profunda ruptura con la estructura social heredada. El alcance de estos cambios, definitivos desde mediados de la década de 1830, se puede observar con contundencia en el caso oriolano.

El municipio constituía, como recordaban sistemáticamente las cuatro barras de la Corona de Aragón, un territorio de jurisdicción real. Las cesiones de la Corona a los pobladores habían permitido durante generaciones el desarrollo de la propiedad particular. Era la propiedad, o la falta de ella, lo que marcaba las mayores diferencias económicas, al margen de injerencias señoriales y en presencia de escasas restricciones comunitarias. Los primeros estamentos del antiguo régimen -la Iglesia y los diversos rangos de la nobleza- no eran poderes señoriales a escala local, sino, ante todo, propietarios privilegiados. Se beneficiaban de la exención fiscal, de la reserva de cargos públicos o de las cortapisas a disgregación de su patrimonio a través de los vínculos. Pero, como propietarios, rentabilizaban su fortuna en el mercado por vías contractuales. Ello no les aseguró una adaptación fácil al sobrevenir el nuevo orden. El liberalismo español no sólo suprimió los aspectos más caducos de la herencia feudal. También jerarquías sociales que compartían importantes características de lo burgués, como sucedía con los privilegiados oriolanos -tan poco feudales-, vieron muy alteradas sus posiciones.

Éste es el caso de la Iglesia, que disponía de una fuerte presencia y -con un 10 por 100 del regadío local- de una implantación que pocas veces alcanzaba fuera de Valencia capital. Las instituciones eclesiásticas participaron con éxito en la organización del rechazo al liberalismo. Para ello se enfrentaron, incluso, a otros clérigos, encabezados por el liberal Joaquín Jimeno, durante el Trienio Constitucional de 1820 a 1823. Pero el triunfo del liberalismo en España eliminó a la Iglesia como propietaria. Incluso, la práctica totalidad de

los conventos quedó suprimida durante décadas. Al igual que en otras zonas, el arraigo contemporáneo de las órdenes religiosas fue en Orihuela un fenómeno tardío, a partir de la Restauración de 1874.

Los nobles, el otro bloque privilegiado bajo el antiguo régimen, también disponían aquí de un peso especial. La nobleza de título era escasa en el norte y el centro del territorio valenciano, en contraste con las comarcas de Orihuela, Elche y Alicante. En vísperas del arranque de la sociedad burguesa, la propiedad de unos treinta títulos nobiliarios en Orihuela, con un tercio del regadío, representaba un sólido baluarte patrimonial.

Es preciso explicar de qué nobleza se trataba. Entre ellos no había ningún representante de la gran aristocracia española o valenciana y, desde luego, no se encontraba ningún gran señor de vasallos. Los componentes feudales de esta élite eran secundarios o inexistentes. En parte, se trataba de familias de caballeros, descendientes -según los versos sobre la Armengola, atribuidos al supuesto "mossèn Febrer"- de quienes conquistaron el reino de Valencia con Jaime I. La adquisición de un título fue tardía, casi siempre posterior a mediados del siglo XVIII. Estos propietarios ennoblecidos, asentados en una propiedad particular ajena a la problemática del señorío, no mantuvieron sus posiciones. En menos de medio siglo de régimen liberal, entre 1830 y 1880, sus propiedades en la huerta oriolana retrocedieron un 10 por 100 y el número de casas nobles dueñas de tierras disminuyó en casi un tercio.



FIG. 1. Palacio del Marqués de Rafal

En cuanto al protagonismo político, estuvieron muy lejos de la hegemonía. Nuestro caso se alejó del tópico del caciquismo nobiliario. El mejor ejemplo es el de los marqueses de Rafal, la primera fortuna civil en la Orihuela de comienzos del Ochocientos. Esta casa presentaba rasgos peculiares, ya que el título se había adquirido en la primera mitad del siglo XVII, y, además, sus rentas tenían un llamativo componente señorial, en virtud de sus pequeños señoríos de Rafal, Benferri o Granja de Rocamora. No obstante, dos tercios de sus ingresos procedían de la propiedad de la tierra cedida en arriendos a corto plazo en el municipio de Orihuela. Esta impresionante fortuna -básicamente a salvo de toda objeción de ilegitimidad, pero fuertemente endeudada- contrasta con las limitaciones y el rumbo declinante del protagonismo político de estos marqueses y Grandes de España. Durante el Trienio Constitucional, el decidido liberalismo del marqués Vicente María Rocamora, gobernador militar de la ciudad, no impidió el giro hacia el absolutismo de la sociedad local, imparable y sangriento desde 1821. En los inicios de la primera Guerra Carlista, su sucesor, Cristóbal Manuel de Villena, protagonizó un episodio trágico que, por otro lado, quedó condenado al silencio y a la nula rentabilidad política. El noble, deseoso de obtener reconocimiento, se presentó voluntario para luchar como coronel de caballería en las filas de la reina. Su carrera en el frente, excepcional entre la Grandeza, acabó al ser derrotado y hecho prisionero por las fuerzas carlistas en Navarra. Antonio Pirala dedicó unas páginas al encuentro dramático del prisionero con el general Zumalacárregui, quien trató de ganar para el carlismo a aquel Grande, extrañamente al servicio del gobierno "usurpador y revolucionario" del liberal, cada vez más conservador, Martínez de la Rosa. La negativa del gobierno de D. Carlos zanjó el asunto, lo que hizo que Manuel de Villena cayera en Lecumberri ante un pelotón de fusilamiento carlista, el verano de 1834. El hecho -recogido incluso en un dibujo del archivo del marqués de Rafal- resultaría incómodo y nada beneficioso para las generaciones posteriores de la familia, continuadoras de un liberalismo conservador, que no dominó el rumbo revolucionario de la España de Isabel II. Medio siglo después, otro representante de la casa nobiliaria, Arturo Pardo, tendría una declinante ejecutoria política en la comarca, al ceder el campo ante el auge de un profesional plebeyo, como era el oriolano Ruiz Capdepón.

Muy lejos de esos contratiempos estuvo el otro gran linaje de la zona, el de los condes de Pinohermoso y marqueses de Molins, pertenecientes a la familia Roca de Togores, que habían sido señores de Benejúzar. Su solidez o, incluso, la expansión de su patrimonio contrasta con el limitado protagonismo político de sus titulares, que contaron con excepcionales influencias en la Corte y con un político de primera fila, como el escritor y ministro moderado y conservador Mariano Roca de Togores, marqués de Molins. En conjunto, las diversas ramas familiares evolucionaron desde un liberalismo conservador hacia un confesionalismo poco liberal. Sin embargo, a lo largo del siglo el personal político oriolano mostró una trayectoria distinta. La permanencia en la cúspide de Juan Nepomuceno y Mariano Roca de Togores se sostenía en apoyos de figuras locales que se beneficiaban de las rupturas introducidas por los nuevos tiempos. Generaciones de comerciantes y profesionales de origen francés o italiano -Andrés Díe, José Díe de Llorens, José Díe Pescetto, Andrés Pescetto Balaguer-, gestionaron los intereses de los Pinohermoso, Velle y Molins. Esta alianza entre linajes burgueses y nobiliarios debió resultar mutuamente beneficiosa en el terreno económico y social. Pero no condujo al protagonismo en la escena política durante el siglo XIX.



EXCMO. SR. MARQUÉS DE MOLINS  
(Estado).

FIG 2.- Marino Roca de Togores, Marqués de Molins, Ministro de Estado. Grabado de la Ilustración Española y Americana

El liberalismo que triunfó en España no era fruto de una evolución controlada por las oligarquías del pasado, ni se limitaba a consolidar la hegemonía de los grandes propietarios. De ahí que, incluso en esta comarca en que la nobleza de título tenía un peso excepcional a escala del País Valenciano, fuese el relevo en el protagonismo político lo que marcara la pauta.

Esto acaba de confirmarse en el caso de la abundante pequeña nobleza sin título, más o menos procedentes de los caballeros, ciudadanos o generosos de la Valencia foral. Constituían un patriciado que, aunque de forma declinante ante los avances del absolutismo borbónico, monopolizaba en el antiguo régimen la representación y el poder de la colectividad local y, a la vez se sostenía en el privilegio y la propiedad particular. Disponían aún de exenciones fiscales, a menudo mantenían parte de su patrimonio indivisible y protegido de las deudas mediante vínculos. En especial, tenían en sus manos el poder municipal -que bajo el antiguo régimen incluía importantes competencias sobre abastecimientos públicos y el riego- y, también, claras ventajas en el acceso a los cargos al servicio de la Corona. En el lenguaje de la época, ellos eran *la Ciudad*, referida al conjunto de familias que, considerándose herederas de quienes incorporaron el reino de Valencia a la Corona de Aragón, tenían un sentido patrimonial del municipio. A la vez que se atrincheraban en el municipio, las exenciones y los vínculos, eran pioneros de la expansión del mercado, que defendían sin restricciones para la contratación de mano de obra y los arrendamientos de tierras.

Representaban, por tanto, una determinada versión del individualismo económico y de los valores del mérito. Sin duda, estos valores a menudo se mezclaban con los apoyos especiales que brindaba el privilegio, si recordamos su inclinación a que sus hijos se incorporaran en condiciones ventajosas a la oficialidad del ejército, además de a las jerarquías intermedias del clero, sin olvidar las carreras universitarias. Todo indica que el triunfo del liberalismo atacó las bases de este importante sector social. No sólo eliminó la exención fiscal y los vínculos -en un contexto a menudo de prolongado endeudamiento, favorecido por el declive de la anterior expansión agraria-, sino que reformó radicalmente las condiciones de acceso al ejército y

las bases y la intensidad de la presencia eclesiástica en la sociedad. Por último, los cargos municipales vitalicios o hereditarios fueron suprimidos y, desde 1835, quedaron supeditados a un proceso electoral. El cambio radical en los canales de representación política coincidía, por tanto, con una intensa reforma del mercado de la propiedad que, en aquel contexto, no debió beneficiar gran cosa al viejo patriciado. La formación de fortunas derivadas de las desamortizaciones y del fin de los vínculos favoreció sobre todo a hombres de negocios de ciudades mercantiles próximas. Ello anunciaba el surgimiento de una jerarquía de las influencias sociales muy alejada de la que habían dominado las antiguas familias patricias.

Éstas, en el caso oriolano, no vivieron su resentimiento sólo en la impotencia. El moderado liberalismo oriolano de los primeros pasos del Trienio constitucional se vio pronto arrinconado. Una parte de sus miembros -procedentes de las últimas promociones de la Facultad de Derecho de la universidad oriolana, como el diputado suplente por Valencia, Joaquín Romero -protegido de Jimeno-, o el que más tarde sería ministro progresista, Francisco Santacruz- hubieron de salvarse abandonando para siempre su ciudad en 1823. Esta marginación del liberalismo se debió en gran medida a la movilización de los patricios absolutistas que, desde 1821, capitalizaron la agitación popular y su identificación emotiva con los símbolos religiosos. Nació así una movilización de signo comunitario y excluyente, que dominó la ciudad durante el Trienio Constitucional y se reprodujo en ocasiones durante las guerras carlistas de 1833 a 1840 y de 1872 a 1876.

El triunfo liberal en el conjunto de España se produjo cuando algunas familias del patriciado oriolano habían alcanzado posiciones destacadas en las jerarquías del absolutismo. Los Balaguer estaban emparentados con los Ram de Viu, barones de Hervers, uno de los cuales protagonizó el alzamiento carlista de Morella en 1833. Luis Pisana era gentilhomme en la Corte cuando se dirimía el conflicto sucesorio que nutriría el carlismo. Miembros de las familias Pastor y Ros de los Ursinos militaron en las filas de Ramon Cabrera, el dirigente carlista que actuaba entre Cataluña, Aragón y Valencia. Desde la década de 1830, el triunfo liberal significó el ocaso político,

casi por completo, de este conjunto de linajes. Salvo alguna excepción, de carácter secundario como sucede con las familias Pastor o Maseres, su presencia tradicional se vio desplazada, en favor de un conjunto de personajes, a menudo oscuros y siempre con raíces escasas o nulas en el poder municipal.

Ascendía así un conjunto de sectores burgueses. A ello hay que añadir la poderosa irrupción de las fortunas forasteras en la riqueza local. La intensa renovación del personal político y la movilidad social que la acompañaba son datos fundamentales de la Orihuela burguesa del siglo XIX.

#### IV. PROGRESISTAS Y MODERADOS A MEDIADOS DEL OCHOCIENTOS

El hueco dejado por el ocaso del patriciado fue cubierto por una serie de figuras nuevas, cuyas raíces y conexiones son difíciles de precisar. En su mayoría eran comerciantes, gestores de grandes propiedades locales, juristas o militares que, a diferencia del personal político desplazado, sintonizaban con la política liberal. Un rasgo habitual consistía en que, originariamente, disponían de un patrimonio agrario escaso o nulo, si bien lograrían formarse una cierta propiedad rústica, bastante inferior entre los progresistas con respecto a los moderados. Durante algunas generaciones, constituyeron redes familiares -o, incluso, de residencia, dada la concentración del progresismo en la zona del Vallet, los Hostales y la Corredera-, diferenciadas con respecto a las élites de otro signo político.

Entre los progresistas oriolanos destaca Julián Espinós, un personaje dedicado inicialmente a la industria de curtidos, que gozaba de gran prestigio social y que, según parece, evolucionó coherentemente desde el liberalismo progresista hacia la democracia. En política coincidió a menudo con los Gisbert, Cirer, Clavarana y Ballesteros, profesionales del derecho, el comercio y la farmacia, pero dedicados además a la administración de patrimonios e interesados en forjar un patrimonio agrario. Su asentamiento en la sociedad oriolana era reciente: Espinós era de Alicante, Matías Cirer procedía de Valencia y la familia de Bernabé Clavarana descendía de comerciantes franceses



e italianos, parcialmente asentados en Menorca. El ejemplo más llamativo de ascenso social es el de Juan Hernández Vilella, un labrador originario de Redován, persistentemente incapaz de escribir su nombre, que ocuparía una concejalía oriolana durante el Sexenio revolucionario, de 1868 a 1874. Hernández Vilella amasó una fortuna mientras explotaba tierras arrendadas al marqués de Rafal, a la vez que trabajaba en la administración de la casa y, ocasionalmente, le adelantaba dinero a ésta.

A la misma orientación política pertenecía un personaje que reúne de modo especial las características del burgués emprendedor y progresista. Ramón Bofill Fontanals había nacido en 1803 en la industrial y portuaria Mataró, en la comarca catalana del Maresme, y tenía vínculos familiares en Badalona y Reus. Se debió instalar en Orihuela hacia 1830, en la estela de la reorientación del comercio catalán, tradicionalmente vinculado con América y el Mediterráneo peninsular. Aquí se casó con Paulina Regidor, hija de Francisco Regidor, un polifacético y diligente hombre de negocios, constructor y propietario de tierras en Benejúzar y Rojales. Bofill fue un burgués económicamente activo, alejado del dominante rentismo agrario y apenas interesado por la propiedad rústica. Su negocio se centraba en el comercio de ultramarinos, seguramente como parte de redes mercantiles más amplias. Pero a partir de esta plataforma, invirtió en actividades que tenían una amplia proyección, como socio, por ejemplo, de los Bofarull de Mataró, que tenían tradición en la extracción de aguas en el litoral mediterráneo. Sobre todo, Ramon Bofill ocupa un lugar en la historia económica al financiar *La Primitiva Valenciana*, empresa de construcciones mecánicas del *Cap i Casal*, en la que participaban, entre otros, su hermano Isidro y su sobrino Wenceslao Novell, que aportaban los conocimientos técnicos. Tiempo después, esta firma fundada en 1844 construiría, además de algunos grandes instrumentos de riego en la partida oriolana de Las Norias, la primera locomotora completamente fabricada en España. En probable contraste con su suegro -incorporado a la comisión que asumió el gobierno local en 1837, durante la ocupación de la ciudad por las tropas carlistas de Forcadell-, Ramon Bofill fue una de las caras visibles del progresismo oriolano en los años decisivos de la década de 1830 y de comienzos de 1840, bajo la Regencia de Espartero. Como dueño de un pequeño

patrimonio en Benijófar, se embarcó con éxito en un pleito contra los herederos del antiguo señorío. La integración de Bofill en la Unión Liberal lo llevó a la alcaldía oriolana a comienzos de la década de 1860, cuando ya se cuarteaba la anterior hegemonía de los ricos moderados. Su paso por el poder le permitió reflejar las preferencias en el terreno de la sociedad y la cultura que debían caracterizarlo, frente a otros personajes más conformistas. Si ya antes había promovido la creación del hace poco desaparecido Teatro de la Corredera, como alcalde impulsó el Paseo de la Puerta Nueva, otro elemento imprescindible en una ciudad burguesa.

Los caracteres sociales novedosos de quienes protagonizaron la ruptura liberal no faltan, tampoco, entre quienes dominaron la construcción del nuevo Estado con un espíritu conservador y centralista. Esta tarea estuvo en manos de los llamados *moderados*, que en Orihuela se organizaban en torno al núcleo familiar de los Sorzano y Rebagliato. En este círculo volvemos a encontrar figuras de origen forastero, económicamente activas y arraigadas en la zona en fechas relativamente recientes. Se distinguían, por tanto, de las dinastías de la pequeña nobleza. El conservadurismo o, incluso, los importantes lazos con el carlismo de estos burgueses no pueden atribuirse al continuismo de su carrera social. Eran recién llegados a la política local y su impetuosa escalada de la jerarquía social era un hecho reciente, que debía poco a las ventajas heredadas del pasado. A diferencia de los principales progresistas, sin embargo, estos hombres de negocios tan escasamente liberales arraigaron antes y, sobre todo, formaron una gran plataforma de influencia social y económica, al transferir hacia la propiedad agraria buena parte de su riqueza, procedente del comercio o el préstamo.

Los Rebagliato procedían de una familia de comerciantes italianos, originarios de las cercanías de Génova, que habían enlazado familiarmente con los Pescetto, más precozmente acomodados. El tránsito por parte de estos personajes desde el comercio a la propiedad agraria fue acompañado por la dedicación al ejército, la abogacía y la política de algunos de sus miembros, que desempeñaron así un papel influyente en los primeros pasos a escala local del nuevo Estado, tras el fin de la monarquía absoluta. El ejemplo más importante fue el de las *Ordenanzas* del Juzgado de Aguas,

la única institución oriolana en cuya heráldica aparecen los castillos y leones, de acuerdo la visión centralista de entonces, que identificaba España con Castilla. Esos estatutos fueron impulsados por Andrés Rebagliato y afirmaban el predominio de los grandes propietarios y el papel clave de quienes tenían residencia oriolana. Desde el municipio y la representación parlamentaria -monopolizada por el general Mariano Rebagliato, poco proclive a intervenir en las Cortes-, la familia concentraría a mediados de siglo el poder político, al tiempo que ampliaba su patrimonio agrario.

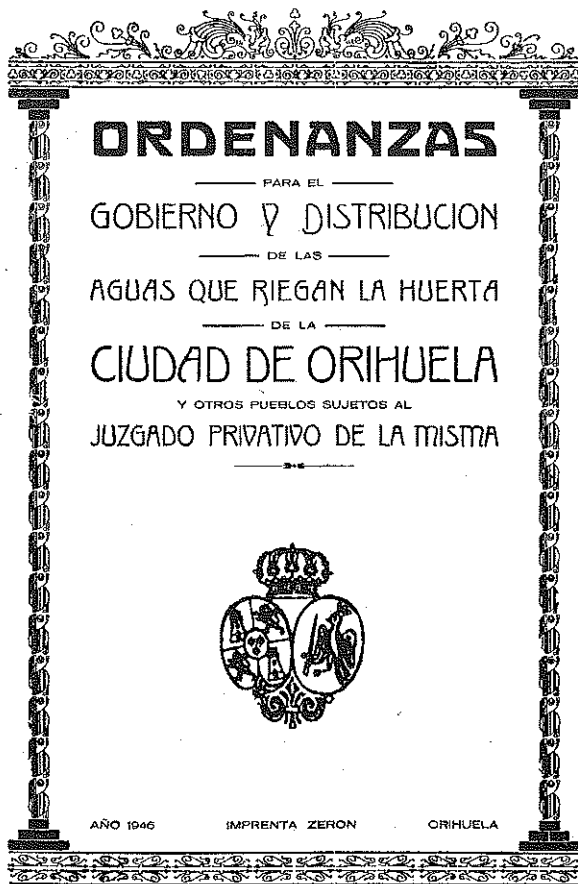


FIG 3.- Ordenanzas de Riegos del Juzgado Privativo de Aguas de Orihuela

Ese protagonismo conservador debía mucho al peso decisivo de un personaje cargado de caracteres contrapuestos. Matías Sorzano Nájera fue, en efecto, empresario, rentista, burgués de controvertido carácter "noble" y absolutista de origen forastero, asentado en la cúspide de la sociedad oriolana de la época del liberalismo burgués. Matías había nacido en Torrecilla en Cameros, hacia 1777, en una antigua zona industrial progresivamente en declive. Sin lazos con las familias dominantes en la sociedad oriolana de entonces, sin dejar de ser la primera fortuna mercantil de la ciudad forjó un

imperio económico en sus 85 años de vida. Los más de nueve millones de su herencia habrían supuesto una fortuna muy destacable en Valencia o, incluso, en Madrid. Sorzano simultaneó negocios propios muy diversos, así como la gestión de intereses ajenos, pero siempre con un interés por la propiedad agraria que se benefició mucho de las medidas desamortizadoras de los liberales, tan abominadas por los carlistas.

El liberalismo político se impuso muy a pesar de Sorzano. Este hombre de negocios fue un advenedizo dentro de la Casa de la Ciudad. Su ingreso en ese escenario de la calle del Ángel se produjo durante el Trienio Liberal, en el marco del sufragio universal masculino que había establecido la Constitución de Cádiz. Pero su papel entonces debió contribuir a derribar al núcleo liberal, en torno al canónigo Joaquín Jimeno, que había alcanzado pasajeramente el poder entre 1820 y 1821. Al año siguiente, Sorzano aparecía implicado en la sublevación absolutista de Orihuela y, con sus bienes embargados, permanecía en prisión, nada menos que en el Arsenal de Cartagena. Años después, en la coyuntura decisiva de la revolución liberal, en las décadas de 1830 y 1840, Matías sería excluido del derecho al sufragio o, incluso, confinado fuera de la provincia de Alicante, por su notoria afinidad al carlismo. Ésta se completaba con sus fuertes vínculos con el clero. De ello dio testimonio, entre otras cosas, a la hora de disponer su entierro o de rogar a sus sucesores que regalaran a los frailes los conventos de Capuchinos y S. Francisco, adquiridos por él en la desamortización, si estas órdenes volvían a establecerse en Orihuela. El monopolio moderado en el gobierno central, desde 1844, y el matrimonio de sus hijas Teresa y Cándida con los hermanos Andrés y Santiago Rebagliato sellarían para Sorzano y su círculo una influencia apenas contestable en el ámbito local.

No es fácil imaginar el mundo intelectual de este decidido hombre de negocios, prolongadamente proclive al antiguo régimen. Asiduo a las notarías, su personalidad apenas nos ha dejado el rastro familiar de su firma. Sin embargo, esa personalidad debe ser fundamental para entender el clima del conservadurismo oriolano de la época. Sí sabemos que la resistencia a la fiscalidad y la reivindicación de su carácter noble -cuestionable ya bajo el absolutismo y sin significado político bajo el orden



FIG. 4.- Matías Sorzano Nájera, retrato de Vicente López.  
Museo de Bellas Artes de Bilbao.

liberal- fueron prioridades reiteradas de Sorzano. Ambos rasgos -como se refleja en su vivienda, entre las calles del Ángel y la Feria- debían confluir en una elevada conciencia de su personalidad y del linaje y de su autonomía frente al poder soberano del Estado. Para el acaudalado negociante es posible que, como escribió décadas después el primer Thomas Mann, toda política en el mundo moderno amenazara por convertirse en democrática y en restringir, por tanto, la libertad y la creatividad del individuo burgués. La nostalgia nobiliaria, la profunda adscripción religiosa y la identificación con el absolutismo del hacendado riojano quizás no impidan rastrear una cierta afinidad con ciertos ingredientes del ultraconservadurismo actual de la *Fiesta del Té* (*Tea party*) en Estados Unidos. Reacio a la soberanía del Estado, el proabsolutismo de Sorzano pudo ser una de las diversas expresiones de lo burgués. La suya sería resumible en la defensa de un mercado sin libertad política, un orden que, lejos de ser percibido por él como capaz de autorregularse, necesitaba el poder de la ortodoxia religiosa y el absolutismo monárquico.

Conociendo su trayectoria, puede que un mensaje en esa línea deba leerse en el retrato que le hizo el valenciano Vicente López Portaña, el pintor de la Corte que, al servicio del entonces Príncipe

de Asturias, Carlos M<sup>a</sup> Isidro de Borbón, fue autor de tantos cuadros para el monasterio oriolano de las Salesas. Vicente López, afín al carlismo, pintó un Sorzano que hace pensar a quien conozca la prolongada adscripción ideológica de éste. En una contundente expresión de individualismo burgués, un Sorzano relajado y satisfecho, pero solitario y emergiendo de las sombras, requiere a un espectador atraído, además, por el llamativo chaleco que distingue al personaje entre los *beati possidentes*. Esta distinción mundana -sin ningún otro signo del universo trascendente de quien había arriesgado por la religión y el rey- se conjuga con los libros de gestión, que parece acabar de consultar aquel campeón del mercado.

#### V. EL CACIQUISMO TRINISTA: LA ATROFIA DE LA CIUDADANÍA BAJO EL SIGNO DE LA RENOVACIÓN SOCIAL

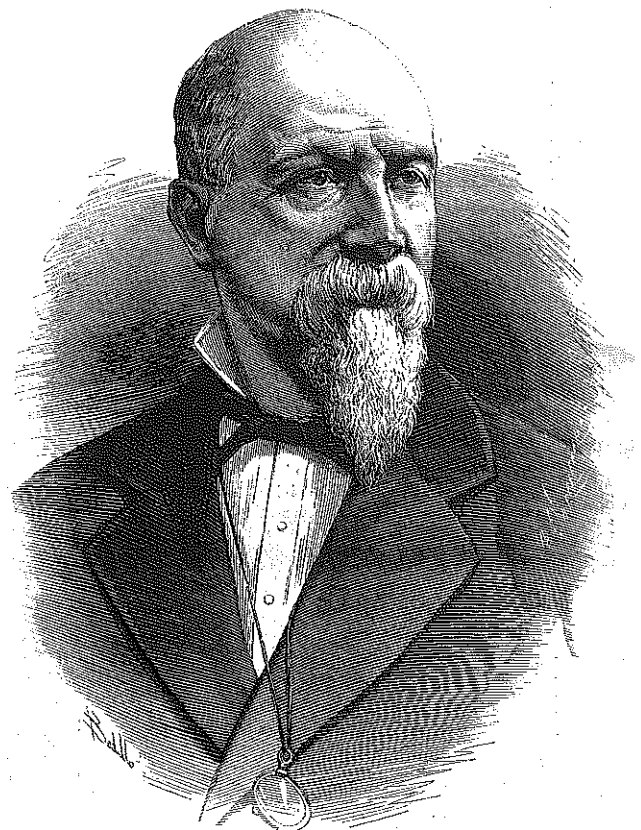
El núcleo del poder moderado era, por tanto, una plataforma de bases inequívocamente burguesas. La influencia de Sorzano se prolongó con los Rebagliato y otras poderosas figuras, en parte vinculadas familiarmente a él, como los propietarios Mariano Casanova y José Mejías, los comerciantes Juan Valpuchini y José Román Sorzano o los prestamistas, comerciantes y hacendados Pedro Pourtau y Ramón Mesples. Bajo un sistema de participación electoral estrechamente censitario y dotado de los muy amplios resortes de intervención por parte del gobierno, ese dominio apenas necesitaba sumar la influencia eclesiástica o la procedente de los grandes casas nobiliarias.

Por eso es más destacable que el predominio moderado resultara reiteradamente incapaz de controlar bien las alternativas políticas que surgieron a partir de 1858. Ese año el triunfo electoral de Tomás Capdepón, militar y discreto propietario de Almoradí, confirmaba el agotamiento de la rígida hegemonía ejercida por el moderantismo oriolano. Aunque en las décadas sucesivas los moderados registrarían victorias, todo indica que, desde mediados de siglo, éstas necesitaron una abierta manipulación coactiva, amparada por el gobierno central. En algo más de dos décadas, la política de élites produjo en Orihuela un relevo incontestable, que desplazó del protagonismo a quienes disponían de un abrumador poder económico y de un contexto social e ideológico claramente favorable.

Este relevo definitivo se produjo en la década de 1880, en el arranque de una larga etapa de la política de élites en España. Entonces, el sistema de la Restauración trató de cerrar una prolongada serie de disidencias políticas que hasta entonces habían enfrentado periódicamente a sectores contrapuestos de las *clases respetables*. Eso había conducido a que algunos de ellos recurriesen a una movilización popular, que, en la línea de la tradición iniciada en las Cortes de Cádiz, fácilmente desembocaba en los intentos constituyentes de refundar el Estado desde abajo. Esa experiencia reiterada había estimulado, como respuesta, que ciertos sectores recurrieran al asalto al poder por parte de la violencia carlista, una alternativa con entidad propia, pero incapaz de imponerse y de merecer la confianza mayoritaria de la burguesía de orden. La estabilización política vino de la mano de un sistema liberal, que ahora se basaría en el reconocimiento mutuo de las diversas influencias arraigadas en la sociedad de élites. Esta superación del anterior exclusivismo se basaba, sin embargo, en una premisa clave: la renuncia de los actores políticos a trasladar consecuentemente sus divergencias al electorado y competir ante él para ganar la mayoría. De esta forma se establecería una prolongada política ficticia, pluralista y liberal, pero también antidemocrática. El retraso en el ascenso de la política de masas fue en España, no una consecuencia directa del "atraso" social, sino un factor inducido por una renovada y amplia política de élites. La estabilidad de ésta se sostenía en la aceptación compartida, en el fondo, de que transgredir el derecho por medio de la coacción y el favoritismo era un instrumento preferible a cualquier alternativa a la cadena de pactos tácitos en la que actuaban.

Este bloqueo a largo plazo de la democracia -la Restauración no acabó de desaparecer hasta 1931, con la llegada de la II República- encerraba importantes posibilidades de renovación del protagonismo político. La política oriolana fue un buen ejemplo de ello. Es importante destacar que el ocaso de los Rebagliato tenía importantes precedentes desde mediados del Ochocientos. Todo hace pensar que, pese a disponer de tantas condiciones favorables, el dirigismo de ese estrecho círculo resultaba demasiado rígido y carente de iniciativa para el conjunto de las "clases medias" locales. Éstas, sin protagonizar una disidencia abierta, se inclinaron por un claro recambio que ofrecía oportunidades

a sectores más numerosos. Los moderados, económicamente muy bien instalados y tal vez con la vista puesta en otros espacios urbanos, fueron denunciados como demasiado discriminatorios y por promover escasas iniciativas para la sociedad local. Así se puede deducir de los debates sobre la construcción del ferrocarril, en los que el liberal Tomás Capdepón contó con el apoyo, entre otros, de los Die, asociados al conservadurismo de los Roca de Togores. En los años 1880, la difusión de los donativos realizados en época de catástrofes por figuras afines al viejo moderantismo -como atestigua la estatua de José M<sup>a</sup> Muñoz, en el Raval Roig- se puso en contraste con la riqueza acumulada por los Rebagliato y la falta de mejoras para la ciudad que reportaba su gestión. En esas discrepancias debía reflejarse un mayor pluralismo en las filas de las "clases medias", cuyos integrantes difícilmente se conformaban con el predominio autosatisfecho de aquellos ricos hacendados. Esa dinámica fue la que recogió la Unión Liberal de Tomás Capdepón y la que asentaría en el poder al sobrino de éste, el liberal oriolano Trinitario Ruiz Capdepón, ya bajo el régimen de la Restauración.



D. JOSÉ MARÍA MUÑOZ,  
caritativo donador de 981.102 Rvn. para contribuir al socorro de las desgracias en la  
provincias de Levante.

FIG 5.-. Jose M<sup>a</sup> Muñoz. Grabado de la Ilustración Española y Americana

Una idea de esas distintas situaciones económicas puede derivar, aunque sea de forma parcial, de las cifras de contribución, en 1877, de algunas figuras locales de diverso signo:

<i>Liberales</i>		
<i>Nombre</i>	<i>Contribución (pesetas)</i>	<i>Orden como contribuyente local</i>
Francisco Ballesteros	1.144	16º
Ramon Bofill	449	39º
Tomás Soler Mas	445	41º
Julián Espinós	428	42º

<i>Conservadores</i>		
<i>Nombre</i>	<i>Contribución (pesetas)</i>	<i>Orden como contribuyente local</i>
Andrés Rebagliato	9.084	1º
Juan J. Roca de Togores	2.528	2º
Manuel Pastor Arbuixech	1.932	6º
Mariano Casanova	1.694	8º

Esa más amplia integración burguesa se consolidó en Orihuela mediante un claro cambio del protagonismo político y del contexto social del que procedían sus miembros. Éstos representaban otra variante de lo burgués, alejada de la que había sido dominante. De modo comparable con la Italia de la época, ahora ocupó el primer plano un conjunto de profesionales dotados de una formación académica. Aunque dispusiesen de un patrimonio agrario, éste no tenía el abrumador alcance que ocupaba entre los moderados en declive. En 1899, los liberales Ruiz Capdepón y Francisco Ballesteros pagaban en Orihuela unas 1.200 y 2.000 pts. por la contribución de inmuebles, respectivamente, frente a las casi 50.000 y 15.200 que satisfacían Andrés Rebagliato y el conde de Pinohermoso. Por otra parte, el ascenso del liberalismo *trinista* pudo significar un cierto desquite de la minoría progresista que había sido marginada de la Orihuela del primer tercio del siglo. Incluso tiempo atrás, a fines del antiguo régimen, Trinitario Ruiz Cartagena, abuelo del político liberal, había promovido demandas contra miembros de las familias dominantes en la Casa de la Ciudad, como los Balaguer o los Roca. De manera más polémica y reciente, el mismo Ruiz Capdepón había participado en la revolución democrática,

iniciada por Prim en septiembre de 1868.

En la década de 1880, con el prolongado paso por el poder de los liberales de Sagasta, culminaba por fin la carrera de un Ruiz Capdepón situado ya en el medio siglo de vida. En la base de su currículum debió estar una cierta gama de cualidades burguesas. No se trataría tanto de la extensión de la propiedad como, probablemente, el rigor de su gestión. La breve referencia que dedicó su biógrafo al padre del político recalca la severidad del abogado Ramón Ruiz Lozano, que no incluía más distracción que el reiterado paseo hasta el huerto de naranjos de su propiedad. Según los indicios, la familia de Ruiz Lozano no disponía de servicio doméstico. No obstante, este diligente abogado construyó una vivienda para el veraneo familiar en Torrevieja, durante uno de los cuales perdió la vida ahogado con su otro hijo. Sin duda, fue un logro significativo que el patrimonio familiar sustentara los ocho años en que el joven Trino estudió Derecho en Valencia. Podemos imaginar los esfuerzos de la madre viuda, Josefa Capdepón -una mujer que reconocía no saber escribir su nombre y que conservó a su lado a su hija Monserrate-, para seguir combinando la gestión del patrimonio familiar con el pago de préstamos, que la familia contrataba con las grandes fortunas locales. Tal vez pudo contar con la ayuda de su cuñado, el sacerdote Trinitario Ruiz Lozano, quien, entre otras cosas, administró la herencia oriolana de una figura tan destacada en la Valencia de la época como era el conde de Ripalda.

Ruiz Capdepón desarrolló estas habilidades que, a través de las relaciones sociales, favorecerían su ascenso. Contrajo matrimonio con Concepción Valarino, de un destacado linaje del mundo empresarial de Cartagena, que, en el último tercio del siglo, sería innoblecida con el condado de Santa Lucía. Pero donde brilló el joven Trino fue en el mundo del derecho, el periodismo y la política liberal de la capital del Turia. Allí trabajó en el despacho del abogado republicano Francisco de Paula Gras y dirigió el periódico *El Valenciano*, en la órbita de la Unión Liberal, en la que militaba su tío Tomás Capdepón. Los años en la capital le darían ocasión de integrarse en lo que entonces se veía como un "gran mundo" de relaciones y hábitos sociales, que situarían en un plano superior a aquel brillante jurista, salido de la Orihuela provinciana de los Sorzano y Rebagliato.

Por eso, aunque más tarde costase imaginarlo, el triunfo de Ruiz Capdepón en la Orihuela de los años 1880 tenía que ser visto como el inicio esperanzado de una nueva etapa, en la que se podrían aprovechar oportunidades hasta entonces perdidas. El político oriolano, hombre fiel a Sagasta, tenía una insuperable capacidad para pactar con los protagonistas de la política valenciana y española. Al mismo tiempo -y a diferencia del viejo Julián Espinós, persistente en su apoyo a la democracia-, D. Trino desarrolló la flexibilidad que requerían las reglas del juego de la Restauración. De este modo, reunió el apoyo de los profesionales, comerciantes y pequeños rentistas del progresismo oriolano, como los Soler Mas, Ballesteros, Torres Calzada, Lafuente, Rodríguez, Bofill, Sarget o Agrasot. Puede rastrearse también que integraba a un influyente puñado de familias de labradores acomodados, como Juan Hernández Vilella, Juan Pedro Gea o el progresista de Benejúzar Cosme Ruiz Mora. Además, obtuvo pronto el apoyo o, cuando menos, la benevolencia de algunos representantes de las principales fortunas terratenientes, como los Díe o los Pescetto. La actitud práctica del obispo Maura Gelabert, por último, bloquearía por mucho tiempo toda alternativa lanzada por parte de la derecha confesional. Desde el obispado de Tortosa haría un papel comparable al antiguo canónigo oriolano Pedro Rocamora.

Implacablemente, aunque con tono de transacción, D. Trino y sus hombres del partido liberal se adueñaban de la escena política y social oriolana. El partido conservador acabaría por disolverse y la organización carlista, en auge en toda España a fines del siglo, brillaba por su ausencia en Orihuela. Aunque con el tiempo todo se hizo más complicado, aún en las elecciones municipales de abril de 1931, que darían pie a la democracia republicana, la triunfante candidatura monárquica oriolana estaría dirigida por el avezado político liberal-canalejista Trinitario Ruiz Valarino. Si tenemos en cuenta la prolongada duración de la posterior dictadura de Franco, es inevitable destacar la solidez de ese caciquismo liberal en aquella Orihuela *levítica*.

Los dirigentes del *trinismo* confirmaban con sus rasgos y sus raíces sociales la sucesión de cambios producidos desde el triunfo del liberalismo. Otra cosa es, sin embargo, qué tipo de mecanismos

utilizó aquel conjunto de profesionales y plebeyos para extender su poder, como fruto de los nuevos tiempos. El eclipse político de los Rebagliato, entre 1880 y 1885, estuvo acompañado en el campo liberal por algunas innovaciones asociativas, así como de una cierta esperanza en las virtudes cívicas, que debían reparar décadas de inercia y arbitrariedad. En las páginas de Gabriel Miró se destacaría la fundación del Casino, como un centro de autonomía organizativa de la burguesía, que acogía nuevas prácticas y formas de sociabilidad. En torno al cambio de siglo, la construcción de la Glorieta y el Teatro Circo reforzarían esas nuevas tendencias. En el terreno político, el periódico *El Segura* y las iniciativas en torno a la Unión Agrícola habían esbozado, en las fases preliminares del capdeponismo, la vía de la revitalización de la opinión pública, como instrumento y objetivo de la política liberal oriolana.

No pasó de ser un camino apenas iniciado. Ruiz Capdepón superó el agotado exclusivismo conservador desarrollando otros canales. Su medio eran los pactos con personajes decisivos y las maniobras ajenas a la rendición de cuentas ante la opinión pública. Sus raíces progresistas quedaron supeditadas al pragmatismo de dos premisas que consagraban su política como antidemocrática y acababan por cuestionar gravemente el liberalismo del Estado de Derecho. Por un lado, el capdeponismo no se dirigía a los teóricos ciudadanos previstos en la ley, sino que se apoyaba en influencias capaces de garantizarle formalmente la victoria en el ficticio trámite electoral. Por otra parte, las coacciones que surgían de la desigualdad social y el uso discriminatorio del poder le parecían, como a tantos otros, instrumentos admisibles para configurar la expresión de la voluntad que se atribuía al electorado. El primero de estos criterios se reflejó, cada vez más, en su colaboración con sectores influyentes de militancia antiliberal y antidemocrática. Para muchos sería una sorpresa descubrir que aquella Orihuela del paso al siglo XX era, en realidad, un firme baluarte liberal e, incluso, "liberal-democrático". Las objeciones eran irrelevantes para D. Trino, como sugiere la fórmula con que, al parecer, las despachaba: "*Alto amigo, yo no hice en Orihuela nada más que lo que me aconsejaron que hiciera*". El segundo de los criterios se alimentaba del temor burgués a la emancipación de la mayoría social. Ante esa posibilidad, el trinismo prefería

sin dudar la tutela elitista, sostenida sobre una escandalosa falta de garantías por parte del Estado. Diez años después de que él mismo promoviera desde el poder una vergonzante vuelta al sufragio universal masculino, Ruiz Capdepón eximía al Estado de la responsabilidad de que no hubiera aún un censo electoral: *“Conozca todo ciudadano los medios de ejercer sus derechos y las garantías que se le ofrecen, y no se dará el inverosímil caso de que por inacción del Cuerpo electoral, ni cuenta España con un Censo purificado de los errores que se advierten en el mismo, ni emitan su voto numerosos electores”*.

Esta forma de ahuyentar el desarrollo de la ciudadanía fue compensada, en cambio, por celebraciones multitudinarias. Cada vez más, la política quedaba como una adscripción personal, que lejos de sustentar alternativas prácticas de signo diverso, era compatible con la mutua aceptación entre personalidades de un cierto nivel. Dada la coincidencia predominante en que la ciudadanía carecía de *pulso*, los favores y las coacciones eran decisivos e imprescindibles, como forma de articular aquella sociedad. El capdeponismo tampoco tuvo que canalizar políticamente poderosos y bien organizados intereses económicos, capaces de condicionar su margen de maniobra. Para una figura como don Trino, su mantenimiento en las altas esferas políticas requería el trámite de descender a solventar un cúmulo de cuestiones individuales procedentes de aquel distrito remoto que lo sostenía y a cuyas pintorescas peculiaridades no deseaba someter su imagen futura. Al fallecer el poderoso político, la exaltación obsequiosa de la ciudad no logró que la familia de éste aceptara el entierro en su patria chica.

Los homenajes multitudinarios y festivos al prócer, al igual que la proliferación de reconocimientos a personajes de su círculo que ostentaba el callejero local, formaban la otra cara de esa falta de reflejos cívicos que arraigaría a largo plazo. En el espacio público oriolano dominaba la adhesión personal a la maquinaria del trinismo. Esa “confianza” personalista alimentaba el escaso respeto por la entelequia de lo público. La imagen colectiva desarrolló entonces la exaltación sentimental de un localismo españolista y centrado en la simbología religiosa. Tales condiciones resultaron favorables para las nuevas



FIG. 6.-. Retrato de Trinitario Ruiz Capdepón, realizado por Joaquín Agrasot, Ayuntamiento de Orihuela. (Fotografía Alberto Aragón)

generaciones de la burguesía oriolana, que vivieron el giro hacia el nacionalcatolicismo, a partir de la aceleración del crecimiento económico de fines del siglo XIX. Al agotarse la generación de raíz progresista que había ayudado al triunfo de Ruiz Capdepón, muchas de las fortunas más dinámicas de la escena local se identificarían con variantes del confesionalismo autoritario o antiliberal, como sucedía con los Balaguer, Germán, Linares o Díe. La exaltación ideológica de este nacionalcatolicismo, contrariamente a lo que se ha podido pensar, surgía de una clara revitalización de los intereses económicos. En Orihuela, sin embargo, no fue una eficaz amenaza para la correosa política del liberalismo de élites. Los hábiles representantes de éste seguirían combinando la hegemonía con el creciente descrédito que significaba su clamoroso carácter ficticio.

En ese contexto, la elaboración cultural de la historia y la imagen de la ciudad estaba muy lejos de constituir una prioridad. La Orihuela monumental y paisajística, no obstante su importante legado y su relevancia como centro histórico del sur valenciano,

no recibió gran interés hasta bastante tarde, cuando el liberalismo de élites estaba en liquidación durante la Dictadura de Primo de Rivera. Una salvedad fue el conservador valenciano Teodoro Llorente, hacia 1887. Pero en las décadas centrales del Ochocientos, el historiador Vicente Boix hubo de limitarse a ensalzar de modo general la importancia histórica de la ciudad, mientras que los destacados eruditos ilicitanos Aureliano y Pedro Ibarra, identificados con el republicanismo demócrata, no tuvieron contactos con el mundo cultural o político de la ciudad vecina. Los personajes rectores de la burguesía moderada apenas se interesaron por el pasado oriolano, no obstante su prolongado acceso al poder y la abundancia de recursos personales de que disponían. La recuperación por parte del Ayuntamiento, hacia 1851, del manuscrito de la fundamental obra de mossèn Bellot no inspiró la proyección de ninguna imagen colectiva a los acaudalados burgueses que encabezaban las instituciones locales. Su conservadurismo apenas requería proyectar una elaboración cultural o ideológica, como lo muestra un callejero en el que brillan por su ausencia el nombre de España y las figuras principales de la derecha intelectual: en él, Balmes, Donoso, Llorente, "Fernán Caballero" o Menéndez Pelayo son desconocidos.

Dentro de esta tónica, las reducidas manifestaciones culturales e históricas de la burguesía oriolana procedieron de la órbita liberal o progresista. Fue en una breve fase progresista cuando el callejero de esta ciudad histórica recogió una referencia a su pasado foral, para recordar la figura de Pedro Maza, estudiada no hace mucho por Martí de Riquer. Los juristas Agustín y Ernesto Gisbert iniciaron una amplia e inacabada *Historia de Orihuela*. Más adelante, Rufino Gea, Francisco Ballesteros, Justo García Soriano y Julio López Maymón pertenecieron a la órbita del liberalismo trinista. Una identidad similar hallamos en otras figuras oriolanas, que actuaban principalmente fuera de la ciudad. Es el caso de Rafael Blasco, quien por su aportación a la *Renaixença* con sus poesías en valenciano fue incluido en el repertorio *Los fills de la morta-viva*, del republicano Constantí Llombart. En su momento fue muy conocido el general Mariano Capdepón Maseres, primo del político liberal, quien, en su intento de crear una ópera de raíces históricas españolas, escribió el libreto, entre otras, de *Roger de Flor*, donde se

exalta la actuación de los almogávares catalanes en la Constantinopla medieval.

Lamentablemente, apenas puedo decir nada sobre las condiciones mayoritarias y cotidianas de la cultura y la educación en la época burguesa. Sin embargo, parece probable que, teniendo en cuenta el contexto y las situaciones heredadas, los cambios fuesen apreciables, por más que resultasen totalmente insuficientes. Esta perspectiva es la que se ha planteado en el estudio de la situación de las mujeres. Con todas las restricciones que derivaban del reparto de papeles que se les asignaba, parece claro que el triunfo del liberalismo no dejó de traducirse en ciertos cambios con respecto al pasado. Si bien el analfabetismo continuó perjudicando a la gran mayoría de las mujeres, también es cierto que los insuficientes avances en la alfabetización tuvieron mayor peso proporcional entre la población femenina. Como registró en el caso de su abuela la escritora Emilia Pardo Bazán, no resultaba extraño a comienzos del siglo XIX que incluso mujeres de posición elevada no hubiesen aprendido a escribir. El muy divulgado manual del franciscano aragonés Antonio Arbiol había insistido en que una buena educación de las hijas debía apartarlas de la escritura. Es probable que ello explicara que Josefa Capdepón, la madre del político liberal, fuese incapaz de firmar, aunque procedía de una familia relativamente acomodada. A mediados de siglo, el cambio de criterios debía estar suficientemente arraigado como para que hoy podamos ver la firma de *Paulina Regidor de Bofill*, como mínimo a la altura en elegancia de la de su marido. Vale la pena destacar que, bajo el predominio moderado de mediados de siglo, la ciudad había contado transitoriamente no sólo con un Instituto de Enseñanza Media, sino también con una delegación de la Escuela de Magisterio femenino. Cualquier balance haría necesario conocer el papel de la Biblioteca Pública como un factor inusual en poblaciones provincianas, que pudo servir de canal de acceso a ciertas ideas, al menos, entre los sectores que disponían de tiempo e instrucción. La Biblioteca, que compartiría con los jesuitas el edificio de la antigua universidad, estuvo dirigida en la época de ascenso de Ruiz Capdepón por Vicente García Guillén, un personaje de inquietudes liberales o progresistas.

Incluso en este terreno poco conocido, la



Orihuela burguesa no puede entenderse bajo el supuesto del inmovilismo. Las trayectorias de las sociedades contemporáneas son diversas y tiene poco sentido hablar de una supuesta “evolución normal”. La fórmula mironiana del “tiempo detenido” invitaba a entender las peculiaridades oriolanas a partir de una alternativa entre cambio e inmovilismo. Hubo cambios importantes y una pluralidad de posibilidades que no pueden encerrarse en una fórmula uniforme, como si el pasado oriolano hubiese tenido una única dirección. Las rupturas con la herencia del antiguo régimen, especialmente importantes, estaban en la base de aquella trayectoria burguesa que, en nuestra perspectiva, nos puede parecer un legado deficitario. Como podemos valorar en nuestros días, los envoltorios de la modernidad acompañan también a las grandes hipotecas del futuro.

### NOTAS

1.- Este trabajo procede de la reelaboración de una conferencia, dentro de un ciclo sobre la política oriolana del siglo XIX, organizado por “Tribuna de Nuestra Tierra” en noviembre de 2010. Agradezco a Antonio L. Galiano, cronista de la ciudad, que me invitara a participar y al Arqueólogo Municipal, Emilio Diz, el esfuerzo realizado al transcribir el texto original.

### BIBLIOGRAFIA

- Botti, Alfonso, *Cielo y dinero. El nacionalcatolicismo en España (1881-1875)*. Alianza Ed., Madrid, 1992.
- Calatayud, Salvador y Millán, Jesús, “Las vías simultáneas del capitalismo agrario valenciano (1770-1900)”, en Ricardo Robledo, ed., *Ramon Garrabou. Sombras del progreso. Las huellas de la historia agraria*. Crítica, Barcelona, 2010, pp. 199-229.
- Díaz Marín, Pedro, *Después de la revolución. Centralismo y burguesía en Alicante, 1844-1854*. Instituto J. Gil-Albert, Alicante, 1998.
- Díaz, Pedro y Millán, Jesús, “Ante la ‘marcha al pueblo’: el último gobierno de la Unión Liberal en Alicante (1863-1866)”, *Alcores*, nº 5 (2008), pp. 193-228.
- Fradera, Josep M. y Millán, Jesús, eds., *Las burguesías europeas del siglo XIX. Sociedad civil, política y cultura*. Biblioteca Nueva y Universitat de València, Madrid y Valencia, 2000.
- Gea, J. Rufino, *Ruiz y Capdepón. Su vida, su labor en el gobierno, sus proyectos y discursos parlamentarios*. La Lectura Popular, Orihuela, 1913.
- Iglesias, Carmen, *No siempre lo peor es cierto: estudios de historia de España*. Galaxia Gutenberg, Círculo de Lectores, Barcelona, 2008.
- Mayer, Arno, *La persistencia del Antiguo Régimen. Europa hasta la Gran Guerra*. Alianza Ed., Madrid, 1984.
- Millán, Jesús, *El poder de la tierra. La sociedad agraria del Bajo Segura en la época del liberalismo, 1830-1890*. Instituto J. Gil-Albert, Alicante, 1990.
- Millán, Jesús, “Servir a la ciutat dels canonges. Amos i criats en l’Oriola de la Restauració (1876)”, *La Rella. Anuari de l’Institut d’Estudis Comarcals del Baix Vinalopó*, nº 15 (2002), pp. 37-47.
- Millán, Jesús, “Influències locals i Estat centralista al Baix Segura”, *La Rella. Anuari de l’Institut d’Estudis Comarcals del Baix Vinalopó*, nº 19 (2006), pp. 29-58.
- Millán, Jesús, “Autoritat i mobilització a l’Oriola del Trienni. Una aproximació als significats del liberalisme”, *Pasado y Memoria* (en prensa).
- Millán, Jesús y Ruiz Torres, Pedro, coords., “Història de la burgesia: revisió i noves visions”, número especial de *Recerques*, nº 28 (1994), pp. 5-80.
- Millán, Jesús y Zurita, Rafael, “Élites terratenientes y tipos de caciquismo. La casa de Rafal/Vía-Manuel entre la revolución liberal y la crisis de la Restauración”, *Historia Agraria*, nº 16 (1998), pp. 153-181.
- Molina, Isabel, “La doble cara del discurso doméstico en la España liberal: el Ángel del hogar de Pilar Sinués”, *Pasado y Memoria*, nº 8 (2009), pp. 181-197.
- Pérez Picazo, M<sup>a</sup> Teresa et alii, eds., *Els catalans a Espanya, 1760-1914*. Universitat de Barcelona, Barcelona, 1996.
- Pons, Anacllet y Serna, Justo, *La ciudad extensa. La burguesía comercial-financiera en la Valencia de mediados del siglo XIX*. Diputació Provincial de València, Valencia, 1992.
- Preston, Paul y Saz, Ismael, eds., *De la revolución liberal a la democracia parlamentaria, Valencia (1808-1975)*. Universitat de València, Valencia, 2001.
- Romeo, M<sup>a</sup> Cruz, “Lenguaje y política del nuevo liberalismo: moderados y progresistas, 1834-1845”, *Ayer*, nº 29 (1998), pp. 37-62.
- Zurita, Rafael, ed., “El siglo XIX en Alicante”, número especial de *Canelobre*, 2001.